

# EL DESEO DE ENSEÑAR

M. CARMEN DÍAZ

Plantearme a estas alturas, y después de veinticuatro años de profesión, mi deseo de enseñar, resulta cuando menos, algo chocante, lo reconozco. Y, sin embargo, aquí estoy, tratando de aclarar y poner en orden lo que durante estos años he ido pensando, sintiendo y escuchando de otros acerca del asunto, porque lo cierto es que estas cosas me rondan por adentro, por ese piso de abajo que cada cual tenemos, y que es donde se cuecen las emociones, los deseos, los miedos... y tantas cosas... Y es ahora, a raíz de optar totalmente en serio por una escuela en donde las relaciones sean el motor de arranque del aprendizaje, en donde estén presentes los afectos, en donde se tenga en cuenta a cada cual en su diferencia particular y magnífica, en donde quepan los deseos, las dudas, las risas o las penas... de los niños y a su universo sentimental todo, y dejar a un lado este deseo-cimiento, este deseo-fundamento, que es el que nos hizo colocarnos aquí, en el sitio del maestro, en la tarima del "saber", en el lugar supuestamente preferente de la relación pedagógica.

Al fin y al cabo el niño acude a la escuela porque lo llevan. Pero ¿y nosotros, los maestros? Empezamos a ir a la escuela en la más tierna infancia... y nos afinamos poco a poco en ella, como si fuera nuestra. ¡Qué menos que preguntarnos el porqué de esta "afición"...!, aunque sea en voz baja. Aunque sea con miedo. Aunque sea por curiosidad.

Quizás en esta reflexión haya más preguntas que respuestas, porque, si las diera, serían las mías, y tampoco es eso. El objetivo, me parece, de este pararse a pensar, no es cazarse los errores y castigarse por ellos, ni hacer un ejercicio de búsqueda de las mejores respuestas. Tan sólo saber qué hace uno aquí, vestido de maestro, un día detrás del otro, y año tras año de una buena parte de la vida. Porque cuando se le puede dar nombre a aquello que se siente, las dudas, los agobios, los malestares... se convierten en "menos", como un hielito fuera de la nevera, como un nudo que se deshace, como un agujero negro, que se vuelve más claro, más llevadero, más manejable.



*Preparados para abrir los sentidos...*

## REFERENCIA BIBLIOGRAFICA:

DÍAZ, C. (1995). El deseo de enseñar. Revista In-fan-cia educar de 0 a 6 años, 33, 5-8.



## ¿Enseñar... qué?

Si nos fijamos en la segunda parte del “título”: “el deseo de enseñar”, podríamos ya tener el primer interrogante: ¿Enseñar... qué?

La misma palabra enseñar, viene cargada de omnipotencia, de peso, viene marcada por un dedo que señala (insignare: señalar), por una direccionalidad: “de arriba a abajo”, por un poderío (¡Y la verdad es que qué atrevimiento dárnoslas de un saber que no tenemos!). Adriana, una niña pelirroja de cuatro años, me lo explicó una vez con mucha claridad: “Mira... es que yo no quiero que me enseñen las cosas, que yo ya sé aprender sola.”

Y, precisamente, hace unos días, los niños y niñas de mi clase (5 años), me refrescaron la memoria con una ilustrativa conversación, de la cual, ciertamente, podemos aprender bastante.

—*Para aprender hay que mirar mucho.*

—*Y leer, también hace falta leer, por eso yo quiero saber leer ya.*

—*Pues en mi casa me enseñan con un libro.*

—*Yo he aprendido leyendo carteles por la calle, y en nuestra colección de palabras.*

—*Pues yo no sé cómo lo hago, lo miro, lo pienso ...¡y leo!*

—*Yo he aprendido sola, pero no sé cómo tampoco.*

—*Yo aprendo con las letras de mi familia, la R de Rosa, que es mi mamá, la LL de Guillermo, que es mi papá, la N de Nuria, que es mi hermana,...*

—*También hay que aprender a hacer la comida.*

—*Sí, y a perder, que Mireia aún no sabe, y cuando pierde llora.*

—*Yo aprendí a esquiar cayéndome muchas veces.*

—*Pero los libros a veces dicen ‘la verdad’, y otras veces dicen ‘la mentira’, que mi madre me lo ha dicho.*

—*Entonces, qué hacemos, ¿los leemos o no?*

—*Ah, yo los leo, así buscaré los de la verdad, y los de la mentira, los tiro.*

—*Yo he aprendido en una película de la ‘tele’ que los enamorados se ponen colorados, y es verdad, porque mi padre se pone rojo cuando la besa a mi madre.*

—*Pues el libro de los dinosaurios que traje para aprender, me lo voy a llevar, porque nunca lo miramos.*

—*Es que estamos ahora aprendiendo cosas de las plantas ‘de olor’ (medicinales), ¿no te acuerdas?*

—*Bueno, pues vale, me espero. ¡Es que tengo tantas ganas de saber de los dinosaurios!...*

—*Pues te aguantas, que es lo que me dice mi madre: ‘Todo no puedes tenerlo. Pablo, así que te aguantas’. Pero... yo aún no he aprendido a aguantarme, y... lo quiero todo.’*

Como se puede ver, ellos sí saben lo que quieren y lo que necesitan aprender y, curiosamente, no son ni el otoño ni la primavera, sino, como expresan con claridad meridiana: ir aprendiendo a perder, a esperar, a elegir, a aceptar no tenerlo todo, a pensar, a vivir...

Después de este baño de reconfortantes verdades, lo que quizás tendríamos que preguntarnos es, y cuando un niño aprende algo, ¿por qué lo aprende?. Y si no quisiera aprenderlo, ¿conseguiríamos nosotros “enseñárselo”? ¿Cómo podremos saber lo que ellos realmente van a aprender (aprehender, tomar, coger)? ¿Cómo podremos ponernos a la escucha para saber lo que quieren aprender? ¿Lograremos captar sus deseos, mucho más amplios, flexibles y ricos, que nuestras cortas y simples programaciones globalizadas, por muy “reformadas” que estén?

Lo cierto es que todo esto nos es bastante costoso, y sobre todo, si partimos del hecho de nuestra propia ignorancia, porque, ¿cómo vamos a enseñar si los primeros que no sabemos somos nosotros? Reconozcámoslo. No sabemos callarnos, no sabemos reconocer los errores, no sabemos escuchar, no sabemos respetar, no sabemos si lo que intentamos transmitir “llega” o no a los niños, si les interesa, si lo asimilan..., o simplemente, les pasa de largo. Si, al menos, fuéramos lo bastante discretos, como para cambiar de papel, y volvernos... una especie de “acompañantes”...

Acompañar sus deseos de saber, aprender con ellos. ¿Sería demasiado difícil?

## ¿Maestros o acompañantes?

Un maestro, de todos es sabido, es el “jefe”, el “director”, el que enseña, el experto, el guía. Así nos lo han dicho siempre. Así lo dice hasta el diccionario. Sin embargo,



un acompañante (de “cum”: con, y “panis”: pan), es “el que come el pan con otro”, el compañero, con el que se comparte algo, con el que se está en relación.

Sería algo así como poner “a comer juntos” dos deseos, el de los niños, que es el fuerte y natural impulso por saber... y el nuestro, el de los maestros, que sería aquel “deseo de enseñar” que da título a este escrito. ¿Tendrán algo que ver uno con otro? ¿Nos quedará aunque sea una gota de aquella curiosidad inagotable, de aquel instintivo palpar, averiguar, escudriñar... que los niños estrenan?

Pensémoslo un momento, porque es importante que cada cual sepa qué hace aquí, afincado en esta profesión de escaparate / de generosidad / de apostolado / de solución económica / de interés por el saber / de admiración por el mundo infantil / de refugio / de poder / de cariño / de profesionalidad / y de tantas cosas...

¿Cuál sería nuestra respuesta particular a estos interrogantes?

¿Por qué queremos enseñar?

¿Cómo nos metimos en esta profesión?

¿Por qué nos mantenemos en ella?

¿Qué puntos gratificantes, odiosos o placenteros encontramos en este trabajo?

¿Qué teclas particulares tocan los niños en nosotros que hacen que con unos estemos bien, y con otros no tan bien, que a unos les podamos facilitar la tarea, o las relaciones, y a otros no tanto...?

¿Cómo manejamos todos estos sentimientos en la vida diaria? ¿Reflexionándolos, ignorándolos, culpabilizándonos...?

¿Qué cabida damos al mundo afectivo en relación con la tarea cotidiana...?

Estas preguntas y muchas más, podríamos irnoslas haciendo, y, seguramente, las respuestas primeras girarían en torno a los matices de nuestras propias circunstancias personales, es decir, a nuestra historia.

Una historia con su inicio, sus cambios, su momento actual, su pronóstico de futuro... Lo que habría que intentar es “leerla” de un modo que no fuera excesivamente periférico. Aquello de: “eran unos estudios cortos”, “no tenía otra salida”, “mis padres me lo indicaron”, “siempre me han gustado los niños”... es lo que acude en principio. Pero luego, podríamos seguir con: Y ¿qué te impulsa a quedarte?, ¿qué te ata a esta profesión?, o ¿qué te llena de ella?...



*Acompañar, enseñar, aprender...*



Y otra tanda de respuestas: “A mi edad ya no puedo cambiar”, “lo económico pesa”, “estoy cansada, pero no puedo optar a otra cosa”, “me interesa”, “me hace estar al día”, “me divierte”, “me empuja a investigar, a aprender”...

Y adentrándonos en el registro afectivo, el piso de abajo, que es el que “mueve” de verdad: ¿Qué saco yo *para mí* (de gratificación del tipo que sea), aparte del sueldo que cobro en esta profesión?, ¿qué cosas noto que me pasan en relación conmigo misma, y mi personalidad, que desconozco y que me asustan a veces, por no ser tan nítidas y bien miradas como “la vocación”, “el amor a la infancia”, etc.? ¿Qué temas, situaciones o conflictos quisiera apartar de un manotazo en lugar de abordarlos? ¿Y por qué?

Las respuestas que siguen (así como las anteriormente citadas y entrecomilladas), son tomadas de la realidad en charlas y seminarios:

—“*Me gusta mandar, creo que por eso me ‘metí a maestra’. De pequeña ya aguanté bastante que me mandaran a mí.*”

—“*Me hice maestra para hacerlo mejor que quien me enseñó a mí en la rigidez, la exigencia y el autoritarismo.*”

—“*Yo hablo mucho, y en la clase, pues... me tienen que escuchar. A veces he pensado si seré maestra por eso. Pero lo pensaba un poco en broma, en serio me cuesta reconocerlo.*”

—“*Cuando me preguntó un niño hace poco por la muerte, no supe qué decir, me apuré tanto, que los mandé a todos al patio, a las nueve y media de la mañana...*”

—“*A mí me preocupa ver que me pongo nerviosa con facilidad, y chilló demasiado a los niños.*”

—“*Yo lo que no quiero es que se me vean los fallos, sólo quiero mostrar lo que sé. Pensar en equivocarme ante los niños me altera.*”

—“*A mí me va bien de maestra, lo que llevo peor es que no me hagan caso.*”

—“*Soy muy inquieta, y en clase puedo inventar muchas cosas. Los niños también son inquietos, y así no se nota...*”

—“*En la clase me siento fuerte, segura, cómoda, mejor que con los adultos.*”

—“*Yo no puedo hablar en público, sólo a los niños.*”

—“*Yo creo que la curiosidad es lo que me hizo, y me hace estar a gusto en este oficio. Los niños también quieren saberlo todo.*”

—“*Me gusta organizar las cosas, dirigir.*”

—“*Me siento muy bien al notar que los niños me quieren. Son tan cariñosos y agradecidos, que me siento querida y acompañada.*”

—“*A mí me gustaría que los niños fueran más igualados. Eso de las diferencias no sé cómo llevarlo adelante.*”

—“*Cuando hay una pelea, me pongo del lado del débil siempre, y a veces me equivoco, porque no tiene razón. Eso me inquieta, porque no puedo evitarlo.*”

—“*A mí me pasa con las niñas, que siempre las defiendo.*”

—“*Al plantear a los niños que elijan algo (un taller, un material...), me molesta mucho que propongan cosas distintas a las que yo quisiera. Sé que es una contradicción, pero ahí estoy...*”

—“*A mí me preocupa mucho cuando hay un niño de éstos que se mueven sin parar porque me ponen nerviosa, luego estoy siempre pendiente de él, y acabo basta tomándole un poco de manía.*”

—“*Yo me divierto en clase, a lo mejor soy ‘una infantil...’*”

Quizás este planteo que hago resulte desagradable. Quizás recuerde a un examen de conciencia, o algo así. Lo que está claro es que rompe bastante “la imagen” del maestro ideal este reconocimiento de que el maestro –como cualquiera–, puede tender (y tiende) a ser un poco mandón / o inseguro / exhibicionista / presumido / exigente / infantil / autoritario / apático / etc., etc.

Mi intención es, sencillamente, a partir de lo que hay, saber qué terreno pisamos cada cual, hacer conscientes “nuestras cosas” para poder quedarnos en este buen oficio de “enseñantes-acompañantes”, ...o para irnos, si no lo aguantamos más.

Y si nos quedamos, pues alerta a las “manías”, y adelante, a ver si encontramos la manera de aprovecharlas “para bien”. Si uno parte “de lo que hay”, y no de las ensoñaciones, o las puras obligaciones, pues es mucho más fácil, porque te sientes, como todo el mundo, limitado y no omnipotente y omnisapiente; por tanto, más humano, con derecho a errar, luego más tranquilo.

Y además, te sientes con ganas de ver qué pasa, cómo se da la tarea, cómo inventar cosas nuevas... y no con la sensación de que todo está ya hecho y sabido, cerrado, acabado, inmóvil. Así que, de menor angustia, y de mejor humor.